

En una revista centro-americana titulada *Cuartillas*, he encontrado un soneto con esta firma al pie: *Justo A. Facio*, y con estos dos rótulos á la cabeza: *Tu musa, A Julián del Casal*.

Es de advertir que Julián del Casal era un mal poeta cubano, muy celebrado allá, en la sociedad de elogios mutuos, cuyos órganos son *El Hogar, La Habana Elegante, El País* y otras publicaciones más ó menos antiespañolas en política, pero igualmente noñas en literatura.

Comienza así el soneto del señor Facio:

«La frente pura y celestial.....»

¡Lo de siempre!—dirán ustedes:—epítetos á pares.

Pues, sí, lo de siempre.

«La frente pura y celestial ornada
Con el ciprés que tímulo decora....»
(¿Ornada con ciprés una señora?.....
Parecerá del todo una monada.)

Porque habremos de convenir en que el ciprés, aunque sea el *que túmulos decora*, como dice el señor Facio para rellenar el verso y hacer consonante, ornando la frente *pura* y *celestial* de una mujer, ha de resultar un ornamento bastante raro.

Y vamos adelante.

Dice después el señor Facio que la de la frente pura y celestial ornada con el ciprés que túmulos decora (no se olvide que es con el que túmulos *decora*),

«Lleva con fe de mártir *salvadora*.....»

Donde ya no se sabe si la salvadora es la fe ó es la mártir; es decir: no se sabe si el señor Facio quiere decir que la musa lleva con salvadora fe de mártir, ó quiere decir que lleva con fe de *salvadora mártir*.

Inclínome á creer que el señor Facio habrá querido decir lo primero, vamos, que en la intención del señor Facio la salvadora será la fe; pero la sintaxis no está enteramente de acuerdo con esa intención, y parece reclamar que sea la mártir la salvadora.

Sea de esto lo que quiera, vamos á ver qué es lo que lleva la señora de la frente ornada con el ciprés que túmulos decora:

«Lleva con fe de mártir *salvadora*
En la mano tu lira *levantada*.....»

¿Verdad que estará de ver la señora con el ciprés en la frente y la lira en la mano?

¡Ah! y la lira... levantada; porque ha de ir precisamente levantada: si no, no vale... ni concierto.

Sigamos leyendo:

«No te ama....»

¡Horror! ¡Vaya una noticia para el difunto! Vale Dios que no tiene de malo más que el principio, porque luego viene á decir lo contrario.

Hay escritores tan faltos de misericordia y de... sintaxis, que hasta para dar buenas noticias empiezan asustando á la gente.

«No te ama... y sirve con amor oculto.....»

—¡Ah!

Sí; respiren ustedes: lo mismo hice yo la primera vez que lo leí, al comprender que el poeta quería decir lo contrario de lo que dice.

«No te ama y sirve con amor oculto,
Pues es por noble y seductor ejemplo.....»

¡Cuidado que es malillo el verso éste, con su *pueses* y sus dos epítetos *noble* y *seductor*!

«No te ama y sirve con amor oculto,
Pues es por noble y seductor ejemplo
Divina pregonera de tu gloria:

Vestal enamorada de su culto,
(¿Vestal y viuda? ¡Peregrina historia!)
 En el del Arte inconvivable templo
(Trasposición se llama este... tumulto)
 Alimenta una llama—tu memoria!»

Bueno. Pero conste que el adjetivo *inconvivable*, que no debe de haber tenido para entrar en ese verso más recomendación que la de ser largo y llenar casi la mitad, lo mismo puede referirse al templo que al arte.

Y ahora, ya que he llamado mal poeta á Julián del Casal, voy á demostrar, así como de paso, que lo es; para lo cual, bastará copiar como muestra un soneto suyo que se lee en la misma revista.

Titúlase el tal soneto *Preocupaciones*, y es como sigue:

«*Cual labrador que con pujante brío.....*»

Este primer verso ya es malo, porque es duro el comienzo *cual labrador*, donde la ele final de la primera palabra y la ele inicial de la siguiente rabian de hallarse juntas, ó hacen rabiarse al que va á pronunciarlas.

A más de que el adjetivo *pujante* es un ripio muy... ripio, porque luego no hay tal pujanza.

«*Cual labrador que con pujante brío,
 Del sol naciente á los fulgores rojos.....*»

Aparte de lo mal aplicados que están los

adjetivos *naciente* y *rojos*, pues no es el sol *naciente* el que sofoca y quema al labrador, sino el sol meridiano, ni los fulgores del sol naciente suelen ser rojos, sino pálidos; aparte de estas impropiedades, todo este segundo verso es un puro ripio, ya que no hace otro oficio que llenar un hueco en el soneto, retardando la acción y desmintiendo la pujanza prometida.

«*Cual labrador que con pujante brío
 Del sol naciente á los fulgores rojos
 Devastando del campo los abrojos.....*»

Otro disparate.

Porque el verbo *devastar* sólo se usa, como suelen decir los académicos, en mala parte, es decir, en el sentido criminal de destruir lo bueno, lo que no debe destruirse. El verbo *devastar* significa arruinar, destruir campos, sembrados ó poblaciones, pero no arrancar ó descepar malas yerbas como el abrojo, planta dañosa á la agricultura.

Vamos otra vez:

«*Cual labrador que con pujante brío
 Del sol naciente á los fulgores rojos
 Devastando del campo los abrojos,
 Granos siembra en el surco á su albedrío.....*»

¿*A su albedrío y en el surco...?* Me parece que las dos cosas no se compaginan bien,

porque si siembra á su albedrío no sembrará sólo en el surco. O tiene que ser el albedrío del labrador un albedrío muy limitado.

¿O es al albedrío de los granos lo que ha querido decir...? Los granos no tienen albedrío. Pero aunque poéticamente se le concedamos, tampoco resulta bien la frase; pues si los granos caen á su albedrío, no caerán todos en el surco.

Lo que hay es que el *albedrío* hacía falta para concertar con *brío*; para lo mismo que luego hará *frío*, probablemente.

A no ser para eso, no había que decir que el labrador siembra á *su albedrío*; porque entendiendo esta frase en el sentido de sembrar sin coacción, libremente, claro es que el labrador, como hombre, como ser libre, ha de hacer las cosas según su albedrío; mas si se entiende en el sentido vulgar de sembrar á capricho y sin reglas, entonces la expresión resulta falsa, porque el labrador no siembra así.

De todos modos, la expresión del señor Casal no puede ser más desgraciada.

Porque hay dos maneras de sembrar, contrapuestas la una á la otra: sembrar á *puño*, y sembrar á *surco*. Sembrando á *puño*, el labrador esparce los granos por la tierra sin mirar donde caen; sembrando á *surco*, va detrás del arado y los deja caer en el surco solamente.

Suponiendo que el señor Casal cuando dice que el labrador *siembra á su albedrío* ha querido decir que siembra á puño, ó á granel, huelga lo del surco; y por el contrario, habiendo dicho que el labrador *siembra en el surco*, huelga lo *del albedrío*.

A más de que tampoco es cierto que el labrador *devaste*, como dice Casal, ó *descepe*, como debía decir, los abrojos sembrando granos, ó siembre granos descependo abrojos. Porque son dos operaciones distintas, y no queda hecha la una al hacer la otra, como se da á entender en el soneto.

Adelante:

«Cual labrador... etc.
Y en la noche, al oír el viento frío.....»

¡Buen oído se necesita para conocer por él si el viento es frío ó caliente...! ¡Buen oído!

¡Al oír el *viento frío*...!

¡Cosa más rara...! El señor Casal, que no tiene oído para conocer la armonía y la desarmonía de los versos, le tiene para distinguir el viento frío del viento templado, ó por lo menos atribuye esa poderosa facultad al labrador de su soneto.

«Y en la noche, al oír el viento frío,
Se le llenan de lágrimas los ojos,
Porque teme encontrar solo rastros
Donde soñó la mies en el estío.»

¿Tampoco sabe el señor Casal lo que son rastros?.....

Encontrar sólo rastros donde soñó la mies.....

¡Pero hombre! ¡si el rastrojo es posterior á la mies y consecuencia de ella, y sin que haya habido mies y se haya segado, no puede haber rastrojo!

¡Si no es posible encontrar sólo rastros, ó rastros sin mies, pues no hay rastrojo sino allí de donde se ha levantado la mies!

¡Qué atrasados de noticias andan estos americanos!

Unos creen que las golondrinas hacen nidos en la emigración invernal.

Otros creen que los rastros son campos donde no ha nacido el trigo.

Pues también hay poeta tropical que cree que las yeguas rumían.

Y lo dice así, tan sereno, en una descripción campestre:

«.... el ríjoso caballo relinchaba
Al olor de la hembra
Que indiferente, la cabeza baja,
Entre rastros secos de la siembra
Rumiaba lenta la verdosa paja.»

¡Qué había de rumiar!..... No señor... las yeguas no rumían.

Se dirá que se puede ser poeta sin saber zoología ni agricultura.....

Yo creo que no; pero aunque se pudiera, siempre sería conveniente no hablar del arquitecave.

También se dirá que habiendo académicos en la metrópoli que no saben, por ejemplo, de la culebra otra cosa sino que es un *animal sin pies que anda á la rastra* (1), nada tiene de extraño que haya poetas coloniales que confundan á la yegua con la vaca y no distingan el rastrojo del yermo.

Y aquí sí que apenas hay contestación posible.

Por aquello de que cuando el cura anda á peces ¿qué harán los feligreses?

Verdad es que la Academia no es cura del idioma, sino enfermedad incurable.

Volviendo al soneto agrícola de Casal, hay que señalar la anfibología del último verso citado, en el cual no se sabe si quien soñó fué el labrador ó fué la mies; y aun pensando piadosamente que fuera el labrador, porque la mies no suele soñar, no se sabe si el labrador soñó en el estío, ó soñó antes del estío que habría mies en el estío.

Y siguen los tercetos:

«Así yo que en *mis verdes primaveras*....»

De modo que los ocho primeros versos del

(1) Textual.—*Diccionario de la lengua castellana* compuesto por la Real Academia Española, duodécima edición, 1884.

soneto se emplearon en el primer término de una comparación, y podrían reducirse á estas pocas palabras: «Como labrador que siembra y teme no coger».....

Todo lo demás son ampliificaciones.

Me parece, pues, que el soneto es bastante ripioso.

Y le he comentado, por excepción, siendo de autor que ya no vive, por ser de autor, como he dicho, muy celebrado de los periódicos cubanos referidos.

Los cuales ahora mismo vienen poniendo por las nubes una colección de malos versos del mismo Julián del Casal recién publicada en la Habana con el título de *Bustos y rimas*.

Y sin embargo... no hay más que abrir la colección por cualquier parte para ver la poca inteligencia con que aquellos periódicos juzgan de materias literarias, para ver la poca justicia con que tributan los más grandes elogios, para ver, en fin, el convencionalismo inocente con que se alaban unos á otros los cubanos, y la candidez con que, como dice el catalán del *Certamen nacional*, se engañan en familia.

VI.

El señor don Francisco A. de Icaza, secretario actualmente de la legación de Méjico en Madrid, es un escritor discreto y erudito, de corte académico, pero menos árido y más corriente que la generalidad de los académicos de aquende y de allende el Atlántico.

Su erudición es verdaderamente pasmosa.

Al imprimir un estudio sobre la crítica en la literatura contemporánea, leído antes en el Ateneo, ha puesto al final un «registro alfabético de obras y autores citados» en donde figuran cerca de trescientos autores, y de algunos tres ó cuatro libros, siendo de creer que los haya leído todos.

Y aún es casi seguro que habrá leído algunos otros que no cita.

Como crítico puede señalársele desde luego un defecto: la demasiada propensión al encomio; pues, aún prescindiendo de la excesiva benevolencia con que suele tratar á sus paisanos, benevolencia que ya nos dejó explica-